

ESTE TEXTO HA SIDO PRIMER PREMIO DEL CERTÁMEN DE RELATOS DE CIENCIA FICCIÓN CONVOCADO CON OCASIÓN DEL X ENCUENTRO DE CIENCIAS BEZMILIANA. EL TEXTO FUE REDACTADO PRESENCIALMENTE DURANTE UNA PRUEBA EN LA QUE SE PROPORCIONÓ LA SIGUIENTE FOTOGRAFÍA COMO PUNTO DE PARTIDA.



**ONIRIA
POR IRIS CHAMIZO (4º de ESO)**

Oniria sentía cómo sus costillas se quebraban, partiéndose en decenas de trozos pequeños y muy afilados. Los pedazos astillados se clavaban en sus pulmones, perforándolos dolorosamente. Oniria no estaba segura de si esa sensación tan abrumadora era real, producto de su cabeza o una manera en la que su cerebro trataba de procesar el inmenso dolor que estaba experimentando.

Oniria decidió abrir sus ojos. El dolor se intensificó en cuanto lo hizo.

En el lugar donde se encontraba había muchísima claridad. Demasiada luz. El cielo estaba brillantísimo; una enorme parte del cielo sobre ella era de un profundo blanco, muy puro. Era como una mancha de tinta blanca ensuciando el perfecto azul claro del cielo, del cielo real, no de esa parte de cielo blanco que tenía poco de verdad. Oniria pensaba que un blanco tan potente, que incluso resultaba cegador, no podía ser nada bueno.

Con esfuerzo, la chica dejó de mirar al cielo e intentó fijar su vista en su alrededor. Oniria sintió pánico al darse cuenta de donde estaba.

Todo lo que alcanzaba a ver era piedra. Piedra y más piedra. Piedra seca y oscura, con salientes que apuntaban como flechas en todas las direcciones. Era un terreno yermo, no había vegetación por ninguna parte, mucho menos vida animal. Ella sabía perfectamente bien dónde estaba.

Trató de mover primero los dedos de sus pesados pies; era como intentar mover algo que pesaba toneladas y además, era profundamente doloroso. Oniria se percató de que estaba más malherida de lo que pensaba y de que su dolor era real. No estaba inventándose nada, ni estaba atrapada en uno de sus sueños.

Desistió de intentar recuperar el control de sus pies y probó con sus manos, sus preciosas manos.

Sus manos eran lo más especial de Oniria, de ellas conseguía su poder y gracias a ellas seguía viva. Gracias a sus manos Oniria no corría peligro de quedar atrapada en el mundo de los sueños.

Le debía tanto a sus manos, las amaba tanto. Sus manos eran lo único real, lo único que no sentía ajeno.

Oniria tenía muchos problemas distinguiendo la realidad de sus sueños, sentía que llevaba toda su vida presa en uno de ellos.

La chica se decidió. Iba a levantarse del suelo. No sabía cuánto tiempo llevaba tirada en la terrible piedra llena de surcos y protuberancias, solo sabía que su espalda dolía a rabiar y que no quería pasar más tiempo ahí, impotente, sintiéndose inútil.

Se concentró de nuevo en sus manos y las consiguió poner en funcionamiento. Sus manos nunca le fallaban.

Oniria canalizó todo su poder en sus manos y lo dejó actuar. Las manos transmitieron la ilusión de curación por todas las partes dañadas de su cuerpo.

Dejó de sentir dolor, dejó de sentirse morir.

Sintió las células de sus pulmones unirse de nuevo, llenando los huecos que las perforaciones de las costillas habían dejado. El oxígeno volvió a entrar y a salir, de forma regular. Sus costillas se recompusieron y sus pies sanaron.

Todo volvió a estar correcto.

Dejándose llevar por su impulsividad, se levantó de un salto e inspeccionó lentamente todo lo que veía de una manera más atenta, más cuidadosa, exigiéndose ser más cautelosa.

Contuvo un grito al ver la nave espacial de los humanos encajada en la extraña montaña que se alzaba en frente de ella.

Oniria se había dado cuenta de inmediato de que estaba en los “páramos sin vida”, el lugar al que la gente iba para perderse buscando exactamente lo que ella veía delante.

Ese era el sueño de los humanos: encontrar su preciada nave y escapar del planeta moribundo al que pertenecía Oniria.

Los humanos no entendían la magia que poseía su planeta. No entendían que su planeta era un lienzo en blanco, diseñado para que la gente como Oniria crease sus hermosas ilusiones, crease espacios únicos y propios donde poder escapar de la miserable vida a la que estaban sentenciados.

La gente como Oniria hacía un poco más feliz a los habitantes de ese planeta. A los humanos no, claro, los humanos nunca comprenderían ni serían capaces de dejarse llevar por la belleza, de

permitirse ser sensibles, de rendirse a vivir una vida basada en la preservación del arte y la imaginación.

Oniria había dedicado toda su vida a que el arte no muriese, a que los sueños y el deseo lo mantuviese vivo.

No estaba segura de si había logrado su objetivo.

Al ver esa nave, y al verla completamente destrozada por el transcurso de los años, se dio cuenta de que las posibilidades de que el arte sobreviviese se habían reducido considerablemente.

Si la nave no funcionaba, los humanos no podrían irse a otra parte. Si los humanos no se marchaban, si los humanos descubrían que su oportunidad de huida había pasado a ser cero, todo se volvería un desastre.

Ya no habría ninguna forma de poder salvar al arte.

Oniria comenzó a llorar. Sentía una gran opresión en su pecho, latente entre sus costillas. Su corazón martilleaba tan fuertemente que sentía sus oídos ensordecidos.

Sintió verdadero pavor al darse cuenta de lo que tendría que hacer.

Y es que para salvar al arte, Oniria siempre, siempre, siempre haría lo que fuera.

Escuchó el relinchar de un caballo detrás de ella; sus patas chocando contra el suelo a un ritmo acompasado.

Y luego también escuchó a una voz grave decir su nombre.

Oniria reconocería esa voz en cualquier momento, en cualquier lugar.

-Oniria -dijo Insomnia, montado en su negro caballo.

-Sé lo que tenemos que hacer -le respondió Oniria. Las lágrimas corrían por sus ojos, su aliento era entrecortado.

-Matar a los humanos no significa nada, si así salvamos al arte.